de los hombres viene a parar en desgracia de los hombres, pero la gracia de Dios hace a quien la tiene agradable a todos.

Buen dibujo de todo esto nos propone la Sagrada Escritura en lo que pasó con Amán y Mardoqueo. Amán tenía la gracia del rey de los persas, que era entonces el mayor rey del mundo y monarca de toda Asia, que imperaba sobre ciento y veintisiete provincias. Mardoqueo sólo tenía la gracia de Dios, y era un pobre cautivo. Comparemos primero las costumbres de entrambos y luego sus fortunas (2).

A Aman se le subió tanto a la cabeza la gracia del rey Asuero, que concibió luego una soberbia luciferina, porque una adoración que justamente no le daban, no lo podía sufrir y reventaba de pena. Mudóse en fiera tan sangrienta, que muchos millares de hombres inocentes determinó matar en un día. La rabia que tenía contra los que nunca le hicieron mal, fué más que de tigre. El odio que concibió contra unos pobres cautivos fué infernal; y a peso del dinero que ofreció para ello, quiso sacarles a todos el alma. Fué falsario, infiel a su rey, levantador de falsos testimonios a los buenos, hombre desatentado, tan presumido y ambicioso, que no contentándose con haber sido sublimado sobre todos los príncipes y grandes del reino, quiso vestirse de las vestiduras reales (*Ester*, 6), y con público acompañamiento ser paseado por las calles de la corte, para ser así mas reverenciado de todos, y que le sirviese de lacayo el mayor príncipe de Persia. Fué envidiosísimo, y moríase de ver el bien ajeno. Estas fueron las costumbres de Amán con la mayor gracia de los hombres y el favor del mayor emperador del mundo. No sirvió todo sino de hacerle un monstruo de vicios y escarnio de la fortuna.

Leamos ahora las virtudes de Mardoqueo, que tuvo solamente la gracia de Dios. Fué hombre

(2) Esther, 3.

modestísimo; tan humilde, que no se quiso descubrir por tío de la reina Ester; tan piadoso, que cuidaba de los huérfanos como de hijos propios; tan compasivo y misericordioso, que libró de la muerte a innumerables hombres; tan cuerdo, que con su industria facilitó obras casi imposibles en favor de los inocentes. Tuvo ánimo invencible, gran penitente y ayunador, de mucha oración, muy celoso de la honra de Dios y del bien de los prójimos. Fué fidelísimo al rey, a quien libró de la muerte; desinteresado sobremanera, que no habló una sola palabra por sí, y esto siendo tío de la reina de Persia, cuyo favor tenía, para que le hiciesen merced por aquel servicio, estando muy contento con su pobreza. Sobre todo fué tan fino y fiel con Dios, que por no faltar a su debida religión se puso a peligro evidente de la vida.

Estos partos tan diferentes son de la gracia de los hombres y de la gracia de Dios. Aquélla suele ser madre de vicios; ésta no lo puede ser sino de virtudes. Aquélla lo que puede es hacer a los hombres fieras; ésta ángeles. Aquélla pervierte la naturaleza; ésta la sana. Una y otra la mudan las costumbres; pero aquélla en mal, ésta en bien. Ni hay cosa más para temblar que de la gracia de los hombres sin la gracia de Dios. La prosperidad, la abundancia, la adulación, la honra, el distraimiento, el poder, hace olvidar a los hombres que son hombres; y olvidados de sí se desenfrenan las pasiones, irrítase la ambición, avívase la avaricia, la razón se ofusca, y todo el hombre se altera.

No es así la gracia de Dios, que nos limpia de pecados y quita los vicios; porque entra en lo interior del alma, no se queda en lo de afuera; sana la naturaleza, hermosea el alma, llénala de excelentes calidades, de virtudes infusas, de dones del Espíritu Santo. Y así la gracia de Dios mejora a quien la tiene, renovándole interiormen-

te: la de los hombres le malea, cercándole exteriormente de engaños y encantándole con sus bienes fingidos. Y esto es lo que envidian los hombres, lo que apetecen y desean, su daño con sobrenombre de fortuna, su perdición con falso sobreescrito de dicha.

Consideremos en qué vino a parar la gracia que tuvo Amán con Asuero. Lo primero, que aun estando en gracia de su rey, no le podían ver las gentes, y en hallando buena ocasión le pusieron mal con él; finalmente, paró en la horca, y el mismo fin tuvieron otros diez hijos suyos. Sus casas se dieron a sus enemigos, de quien él lo fué mayor; fué desposeído de su privanza, con gozo de todo el pueblo.

Contrarios efectos tuvo la gracia de Dios con Mardoqueo: aun entre los hombres fué bien quisto, amado de todos y levantado a la mayor dignidad de los persianos, vestido de las vestiduras reales y reverenciado del pueblo, hecho la segunda persona en el reino de Persia después de la del rey.

§ 2

Lo mismo que Amán ganaron Bolsei, Crónvel y Crámer con la gracia de Enrique VIII, rey de Inglaterra, y otros infinitos con el favor de grandes monarcas; que cuanto con su gracia llegaron a ser más poderosos, tanto fueron para con Dios peores, como Eutropio, Rufino y Estilicón. Sin la gracia de Dios, fueron muchos—con toda la gracia de los príncipes—siempre malos, y en sus fines malaventurados; vivieron mal, y no murieron mejor. *Pereciendo su memoria con estallido* (*Sal.*, 9, 7), su fin hizo estruendo en todo el mundo. Fueron ambiciosos, atropellaron con toda razón y derecho, pisaron toda justicia, no tuvieron más ley que su voluntad. El mundo fué poco para

su soberbia y presunción. Finalmente, perecieron entre las uñas de su fortuna, que algún tiempo les cebó a sus pechos para comérselos a bocados, ya más pingües y gruesos.

No hay que fiar de felicidad humana: en vida suele ser dañosa al alma, en muerte al cuerpo. Mientras dura, emponzoña al alma; cuando se va, da el golpe, y hace presa en el cuerpo: y la que estuvo dando toda la vida, quita después la vida, y con esto se hace pago de todo. La fortuna no ayuda a la virtud, las honras mudan las costumbres, y así hay que temer mucho de la gracia de los hombres, que nunca es segura, si no la acompaña la gracia de Dios, y siempre puede ser sospechosa.

Bien entendido tenía esto el santo Patriarca Jacob; y así, cuando le dieron nuevas de su hijo José, tan llorado por muerto, diciéndole que aún vivía y estaba en gran privanza y gracia de Faraón, rey de Egipto, y de todo su reino, se le aguó el contento con esta circunstancia, temiéndose no le hubiese dañado a la virtud que aprendió en su casa tanta gracia de los hombres. Y así, dice Filón (3): «En medio de su gozo le sobresaltaban grandes temores, no hubiese dejado las costumbres santas de sus mayores.»

Por lo mismo dice San Juan Crisóstomo, que Cristo nuestro Redentor quiso morir en la corte de Judea, y ser allí más desfavorecido de los hombres, para poner horror a sus discípulos de la corte donde está el favor humano.

Afectar mucho agradar a los hombres está a peligro de desagradar a Dios. Pretender mucho la gracia de los príncipes, no se suele hacer sin perjuicio de la virtud. Muy lejos está el deseo de la gracia humana de hallar la divina, pues se atropella con la gracia de Dios por hallar la de los hombres. Mucho puede desagradar a su Criador quien lo que más pretende es agradar a la

(3) Lib. *De Joseph.*

criatura. No para virtud en el alma, marchítanse las buenas costumbres, sécase la raíz de la devoción. ¿Qué bien puede haber si por dar gusto a los hombres se da disgusto a Dios?

Bien conoció este daño David, y así, dice estas terribles palabras (*Ps.* 51): *Dios disipa los huesos de los que agradan a los hombres: confundidos están, porque Dios los ha despreciado.* ¡Oh, qué pesado trueco e injurioso para el alma, cuando por la benevolencia humana carga sobre uno la ira divina, y por la estimación de los hombres se granjea ser menospreciado de Dios! ¿Qué puede aprovechar el favor humano sin la gracia divina? No está segura la gracia de los hombres aun de sí misma. El mismo Asuero, que sublimó a Amán, le abatió. Daña la benevolencia humana sin el amor divino; pero teniendo contento a Dios todo está seguro, no sólo en medio de peligros y desgracias, pero en la misma gracia de los hombres que es tan peligrosa. José, privado fué del rey de Egipto; Daniel, del rey de Persia: uno y otro tuvieron más cuenta con la gracia de Dios que con la de sus príncipes, y con la gracia de Dios conservaron la de sus reyes y de los hombres.

Débese también considerar cuán inconstante y quebradiza es la gracia de los hombres, muy al contrario de la gracia de Dios. Cosa es de espanto, que habiendo sido David tan familiar del rey Saúl, que fué su paje de armas, y estado en su palacio con él, tocándole cada día su arpa, y habiéndole curado de la pasión que tenía, por la cual se apoderaba de él el demonio (1 *Reg.*, 16), por sólo un poco de ausencia que hizo David de palacio, cuando después volvió, habiendo muerto al gigante Goliath, no conoció Saúl a David (1 *Reg.*, 17), y preguntaba quién era. ¿Qué se podrá fiar de la gracia de los reyes y del favor de los hombres, pues tan presto no sólo se olvida, pero ni conoce a los que más le sirvieron? Mardoqueo libró al rey Asuero de la muerte, y des-

cubrió la conjuración que contra él tenían urdida dos traidores; y con ser este servicio tan notable, se olvidó de él totalmente, sin acordarse más de Mardoqueo que si no estuviera en el mundo (*Ester.*, 6). No es así Dios para quien está en su gracia y le sirve; porque este tal, dice David, que *estará en la memoria eterna* de Dios. En él tiene puestos su Divina Majestad los ojos, y le tiene tan presente que no se olvida de él, pero ni se aparta de él. Y aun después de muerto, hace Dios por su causa y memoria muchos bienes a los suyos. Por haber estado en su gracia Abraham, Isaac y Jacob, hizo por ellos, aunque estaban en el limbo, innumerables bienes al pueblo de Israel.

CAPITULO 6

CON LA GRACIA SE DAN TAMBIÉN LOS BIENES TEMPORALES

§ 1

Después de tantos privilegios de la gracia y bienes espirituales que consigo trae, consideremos también los temporales; porque no falta cosa para ser por todos lados estimada. Trae consigo todos los bienes del cielo y trae todos los de la tierra, ¿qué más se puede desear?

Nunca pudo la codicia humana poseer todo lo que quiso; mas la gracia da todo lo que se puede y debe querer, pues da todo lo que es menester, aun de bienes temporales, para conseguir los eternos. Este es raro privilegio, tener en una pieza todas las cosas. No falta nada al que no falta la gracia, y todo lo tiene quien tiene la gracia.

Oigamos al Hijo de Dios, que nos dice en esta parte (*Lc.*, 12): *Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y se os darán por añadidura todas estas cosas.* Busquemos primero la gracia, ase-

guremos primero el reino de los cielos, anhelemos primero por la santidad y justicia del alma, negociemos primero la vida eterna, y todas las demás cosas necesarias para la vida temporal, se nos darán de más a más. ¡Con qué favorable condición se nos da todo bien, con que busquemos lo que sólo nos está bien! ¡Con qué carga tan suave se nos promete todo, no más que con buscar una cosa, que es obligación nuestra! Con que busques el cielo, te dan la tierra. Con que quieras el reino de Dios, te dan más que el reino del mundo. Con que busques sola la gracia, te dan la naturaleza. Todas las cosas son nuestras, con que seamos nosotros de Jesucristo.

Gran consuelo es lo que escribió el Apóstol a los de Corinto (1 *Cor.*, 3): *Todas las cosas son vuestras, ora sea Paulo ora sea Apolo ora sea Cefas, ora sea el mundo, ora sea la vida ora sea la muerte, ora sean las cosas presentes ora sean las futuras, porque todas las cosas vuestras son; pero vosotros de Cristo.* Quien está en gracia, no se llame pobre, porque todas las cosas son suyas. Pablo, Apolo y San Pedro son suyos, porque por él trabajaron, sudaron, predicaron. Todos los santos del cielo y tierra son suyos, porque por él interceden. La vida es suya, pues la vive para Dios. La muerte es suya, pues por ella pasa a Dios. Lo presente es suyo, pues usa bien de ello, y no le faltará lo necesario. Lo por venir es suyo, porque guardado le está el reino de los cielos. El mundo es suyo, pues se hizo por él, y él es más que el mundo. Todas las cosas son suyas. Y lo que más es, él es de Jesucristo, y Cristo es suyo, y por eso todo es suyo. De manera que con esto serán tuyas las cosas con que Cristo sea tuyo. ¡Oh carga suave! ¡Oh dulcísima obligación! ¡Oh condición ganánciosa! Porque seas tú de Cristo, todo es tuyo, y lo que más es, tuyo es el mismo Cristo, todo es tuyo, si estás en gracia.

Y si no estás en gracia, nada será tuyo. Dios

no será tuyo, porque te enajenaste de Él y te entregaste a Lucifer. Los santos no serán tuyos, pues no te aprovecharon sus ejemplos. Las criaturas no serán tuyas, pues no se criaron para que usases mal de ellas, y se te querrán huir de las manos. La vida no será tuya, pues la tendrás perdida, y con ella no te aprovechas, ni podrás, mientras estuvieres en ese estado, merecer un adarme de gloria. La muerte no será tuya, porque morirás para el demonio. Nada es tuyo, y tú serás de Satanás. No hay mayor pobreza que la de aquel que carece de gracia, porque ni a sí mismo se tiene, pues es esclavo del diablo; y no teniéndose a sí, nada puede tener.

Busca tú *el reino de Dios*, que es la gracia, *y su justicia*, y con ella tendrás todas las cosas, porque Dios te las dará: «Muy justa promesa por cierto—dice San Buenaventura (1)—, porque quien busca el reino de Dios y su justicia, es siervo de Dios, y amigo de Dios e hijo de Dios. Y fuera cosa grandemente perversa imaginar que Dios había de faltar a su siervo y amigo e hijo, sin proveer de las cosas necesarias, porque este tal posee a Dios, y es poseído de Dios, y por consiguiente tiene lo que tiene Dios.»

Si quieres saber lo que Dios cuida de los que están en gracia, oye lo que dice, como tierno y amoroso padre, por el profeta Isaías (49, 15): *Por ventura, ¿se podrá olvidar la mujer de su niño, para que no se compadezca del hijo de sus entrañas? Y si ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti; mira que en mis manos te tengo escrito, y siempre tengo tus muros delante de mis ojos.* Con qué palabras más vivas y tiernas se podía significar este cuidado de nuestro amoroso Padre, sino con las que Él mismo dice en otra parte (46, 3): *Oídme, casa de Jacob, y todas las reliquias de la casa de Israel, que os traigo en mis entrañas y os tengo dentro de mi vientre; Yo*

(1) In cap. 12 Luc.

mismo hasta la vejez y hasta las canas. Yo os llevaré; Yo os hice, y Yo os llevaré; Yo andaré cargado de vosotros, y Yo os salvaré. No puede faltar la Providencia de Dios para con el que está en gracia. La madre se podrá olvidar del hijo que tiene en sus brazos, no Dios del que tiene en sus entrañas. No sólo quiso significar el Espíritu Santo el cuidado de la Providencia Divina con el afecto de madre para con el Hijo que ha parido, sino con la necesidad de sustentar al hijo que tiene en su vientre. Bien puede una madre dejar de dar los pechos al hijo que tiene abrazado, pero no puede dejar de dar la sangre al que tiene en sus entrañas. Por eso dice Dios que no sólo tiene a los suyos en sus manos, pero en sus mismas entrañas; porque así como no es posible dejar de sustentar una madre a la criatura que tiene en el vientre, si no es que ella muera, y la sustenta de su sangre, así también no es posible que deje Dios de mirar por el que está en gracia, como si al mismo Dios le fuera la vida en ello, como le va a la madre; y de su misma sangre y substancia, si no tuviera otra cosa, le sustentara Cristo, y verdaderamente nos da ahora para sustento espiritual su misma carne y sangre.

Por ésta tan singular cuenta de los justos los llama Dios en un salmo (82, 4), según la letra hebrea, *sus escondidos.* Dice también que los guardará *dentro de su Tabernáculo* (*Ps.* 30), y que los esconderá *en lo más secreto,* donde estarán siempre delante de sus ojos; y que no sólo cuando le llaman, pero *antes de llamarle los oye* (*Isai.*, 65 24), y antes que acaben de pronunciar la palabra, hará lo que piden. Y por el Profeta dice que *prevendrá sus peticiones con misericordia.* ¿Pues qué diré de aquella fineza y ternura, cuando dice (*Zach.*, 2, 8) que quien los tocare *tocará a las niñas de sus ojos?* Y así, no es maravilla lo que testifica el Salmista, que aunque era viejo y lo observó con cuidado, *nunca vió a*

justo alguno desamparado de Dios (36, 25), *ni que sus hijos buscasen pan*; porque no sólo hace bien Dios al justo, sino a muchos otros con él; como dijo Labán a Jacob (*Gen.*. 30): *He experimentado que me ha echado Dios su bendición por amor de ti.* Y el mismo Jacob responde: *Poco tenías antes que viniese Yo a estar contigo, y ahora te has hecho rico, y te ha echado el Señor su bendición con mi entrada.*

Dé, pues, voces Isaías (3, 10), y cumpla con aquella embajada que Dios le mandó dar al que está en gracia: *Decid al justo que bien*; infinito bien está encerrado en esta palabra *bien*, que tan brevemente se dice; breve en palabras, pero larga en promesas es esta embajada de Dios. Por eso no se señala qué bien es éste del justo, porque es todo género de bien que le vendrá por el cuidado paternal de Dios. Tendrá bien para el alma y bien para el cuerpo; bien para sí y bien para los suyos; bien para esta vida y bien para la otra; bien entre los hombres y bien entre los ángeles. Alégrese el justo, que todo le irá bien: busque sólo un bien, y tendrá todos los bienes; busque el cielo, y tendrá la tierra; busque la gracia, y hallará todo, porque Dios le echará su bendición en todo.

Pero témase el pecador que todo le saldrá mal, porque perdiendo la gracia perderá todo bien y hallará todo mal. *La bendición de Dios*—dice Salomón (*Prov.*, 10)—*vendrá sobre la cabeza del justo, pero la maldad cubrirá el rostro de los malos. La memoria del justo será con alabanzas, y el nombre de los malos se pudrirá.* ¡Dichoso el que busca el reino de Dios, pues Dios le echa su bendición!

Por lo mismo dijo el Santo Esdras (2 *Esdr.*, 8): *La mano de nuestro Dios está sobre todos los que le buscan en verdad; y su imperio y fortaleza y furor está sobre todos los que le dejan.* La mano de Dios está sobre el que está en gracia para ben-

decirle, para halagarle, para cuidarle, para detenerle, para hacerle largas mercedes, para mirar por él. Porque como dice el Sabio (*Eccli.*, 34): *Los ojos del Señor están sobre los que le temen; Él es su protector poderoso, su firmamento fuerte, el que le cubre y defiende del ardor, y hace sombra al resistero de mediodía, el que aparta de él toda ofensión, el que le ayuda en la caída, el que le ensalza el alma y alumbra los ojos, y da caridad y vida y bendición.* Alégrese el justo, que Dios está en él y le llenará de sus bendiciones; daràle todo lo que hubiere menester, y si le faltase algún bien temporal, necesario para la vida, será para que adquiera mayores bienes eternos para asegurar su salvación. Ni se solicite para que no le falte, ni se aflija si le faltare. Su cuidado no es necesario, porque Dios le tiene por él, y su pena será sin causa, pues nadie se debe afligir por lo que le es mayor bien.

§ 2

Enseñanza de Jesucristo.

Por este cuidado tan cuidadoso y amor tan fino que tiene Dios de los que están en gracia, deben ellos descuidar de sí, por sólo tratar de amar y servir a su Padre celestial, como el mismo Hijo de Dios, y nuestro hermano mayor Cristo Jesús nos encargó. Porque apartándose una vez de la muchedumbre de los hombres que le seguían, habló aparte a sus discípulos, y exhortólos con muchas razones que descuidasen de sí en todas las cosas, porque sólo procurasen la gracia; y así, les dijo (*Lc.*, 12, 22): *No estéis solícitos por vuestra alma de lo que habéis de comer, ni por vuestro cuerpo de lo que habéis de vestir.* Como si dijera: Aun de las cosas necesarias habéis de descuidar, quiero que estéis tan libres de la solici-

tud y ansias de cosas temporales, porque cuidéis sólo de la gracia, que no sólo de las superfluas, sino aun de las precisas quiero que viváis descuidados.

El alma es cosa mucho mayor que la comida, y el cuerpo que el vestido. Pues aquel que sin diligencia ni cuidado vuestro os dió lo que es más, también dará lo que es menos; y pues Dios os dió más que el alma y cuerpo, que es la gracia y la participación de su infinita naturaleza, y con ella una vida divina, no faltará en lo necesario para la vida humana. *Considerad los cuervos, que no siembran ni siegan, ni tienen despensa, ni trojes, y Dios les da de comer; ¿cuánto mejor lo hará con vosotros, pues sois mejores que ellos?* No falta la Providencia Divina para hartar aves tan viles y comedoras, y que no tienen riquezas ni cosecha alguna; ¿cuánto menos faltará a vosotros, que sois criaturas racionales hechas a su imagen y semejanza, y adornadas con su gracia? Inmensamente os estima Dios más que a las aves del aire y animales del campo; porque más es un grado de gracia que toda la naturaleza junta, con cuanta hermosura y bienes tiene, y así incomparablemente más cuidará Dios de vosotros; porque procediendo ordenadamente en todas sus cosas, ya que tiene cuenta de cosas tan menudas, también la tendrá de las mayores, y más, tan grandes como son sus hijos queridos y amigos del alma. Y si Dios da de comer a los cuervos, sabrá dar de comer por los cuervos a los que están en gracia, como hizo con Elías.

¿Y quién de vosotros, por más que solicite y piense en ello, podrá añadir a su estatura un codo? Pues si en lo que es menos, no podéis, ¿por qué estáis solícitos de las demás cosas? Por cierto que podéis descuidar de vosotros, porque vuestra providencia y poder es muy corto y será vano; pues aun en vosotros mismos no podéis lo que queréis, ¿cómo podréis en las cosas que

están fuera de vosotros? No podéis hacer que crezca vuestra estatura, ¿cómo podréis hacer que se críen, y crezcan, y vengan a vuestras manos tantas cosas como son necesarias para comer y vestir? Era menester que tuviérades para esto el gobierno del mundo; y así, no tenéis que solicitaros.

Considerad también los lirios y azucenas, que no trabajan ni hilan; pero de verdad os digo, que ni el rey Salomón en toda su gloria y majestad se vistió como una de ellas. Considerad cómo crecen cubiertas todas y vestidas hasta que echen aquella su flor tan hermosa, aunque no cuide de ellas el labrador: con todo eso, están más vistosas que los vestidos de Salomón, el cual fué curiosísimo en su ornato, y no le faltó riquezas ni sabiduría para hacer lo que quisiera. *Pues si Dios tiene tal cuenta con las plantas que son de una naturaleza con el heno, que hoy es y mañana le arrojan en un horno, que le viste, ¿cuánto más con vosotros?* Con las plantas que duran tan poco, tiene Dios esta providencia, ¿cómo la tendrá con sus mejores criaturas, y que tienen alma inmortal? ¿Y más con los que tienen la participación de su naturaleza infinita, son sublimadas a un ser divino, y son hijos queridos?

Verdaderamente nace este cuidado de las cosas temporales de *poca fe*, como lo da a entender el mismo Jesucristo. Poca estima de la gracia y poca fe de las cosas divinas, es causa de esta solicitud. No quiera quien está en gracia buscar con afán qué ha de comer y beber, como lo encarga el Hijo de Dios; no se ha de poner nuestra principal mira en estas cosas temporales. Criado fué el hombre para la eternidad, y por la gracia tiene ya derecho a la vida eterna. Las cosas de la tierra sólo fueron dadas por algún tiempo y para reparo de esta vida, y así nuestro principal cuidado ha de ser de lo eterno, no de lo temporal. No queramos turbarnos por el mal tiempo, por

los años estériles; que no depende el sustento de un justo de los cielos materiales, sino de Dios, que en grandes carestías dará a los suyos que podrán dar a otros.

El observar los tiempos y andar cuidadosos del vestido y comida, *los gentiles lo hacen*, dice nuestro Redentor; de lo cual han de estar muy lejos sus discípulos. Los que no tienen conocimiento de Dios, los que no tienen esperanza de la vida eterna, como los infieles y bárbaros, tienen excusa de buscar lo temporal; mas los hijos de Dios, los que están en gracia y tienen no sólo esperanza, sino derecho a la vida eterna, en esto han de poner su cuidado y descuidar de todo lo transitorio.

Nuestro Padre celestial sabe lo que hemos menester. Dios es, y lo puede remediar con su omnipotencia. Padre es, lo querrá hacer. Él lo sabe, no hay sino descuidar de nosotros, por cuidar sólo de servirle. Bástanos que Él lo sepa, que nos ama más que nosotros nos amamos a nosotros mismos.

Busquemos, pues, *el reino de los cielos*, busquemos *su justicia*, viviendo santamente, haciendo obras santas y merecedoras del cielo; busquemos sólo la gracia, y *todas las demás cosas se nos añadirán*; porque no tiene estima ni monta cuanto hay en la vida, respecto de la gracia de Dios. No dice absolutamente que se nos darán, sino que se nos añadirán; porque estas cosas temporales no tienen ser respecto de lo espiritual: no se reputan por algo, y así se dan como si no fuesen; van por añadidura con los bienes sobrenaturales que Dios hace a los justos, los cuales, porque busquen lo futuro, hallan lo presente.

§ 3

Venga ahora a razones la avaricia humana. ¿Con qué diligencia podrá hacerse dueña de todas las cosas? La gracia consigue esto porque no las busca; la gracia sin grandes gastos y sin cuidados depara todo. De grande ahorro es este don divino. ¡Oh grandeza de la gracia, que sin diligencias de lo temporal lo da juntamente con lo eterno! ¿Con qué se podría pagar el vivir sin pena, el asegurar el sustento de toda la vida, el ahorrar perder tiempo y no tener cuidado? A esto, que no puede llegar la potencia del mundo, llega la gracia, con que se estime y busque; dalo sin cuidado ni trabajo.

Errados andan los hombres en buscar primero lo temporal y luego lo eterno. Primero escogen estado en que puedan vivir, y luego quieren con él servir a Dios. No ha de ser así: primero deben escoger aquel estado en que han de servir a Dios, y con esto no les faltará con qué vivir. Con buscar de veras la gracia se asegura el sustento de toda la vida.

Es esta seguridad tan grande, que por ella nos podemos enajenar de todo bien de la tierra; y así nos lo aconseja el Señor, porque nos basta el reino del cielo. Por esto dice San Pedro Crisólogo (2): «Da nuestro gran Padre por consejo a los que han de reinar por gracia: *Vended lo que poseéis, y dadlo a los pobres*. Si creéis que habéis de vivir, si creéis que habéis de reinar, si creéis que sois ricos de bienes soberanos del cielo, a donde habéis de ir y vivir y reinar, vayan adelante de vosotros vuestras cosas. Convertid las cosas que son humanas en divinas.» Porque de esta manera, lo que es divino se nos convertirá en provecho humano, y con la gracia tendrá lo que hubiere menester la naturaleza; fuera de que la gracia satisface por todo. Sin ella, por más que tengas, te faltará, y por mucho que busques, no hallarás lo bastante; por más que gastes, no tendrás hartura. Esto es lo que dice el profeta Isaías (55, 2): «¿Por qué pagáis plata, y no tenéis panes bastantes; por qué os trabajáis, no para hartaros? ¿Qué angustias traéis? Comprad de Cristo sin plata ni dinero: venid a Él, y os recreará; su gracia es el agua de vida; ésta sola es

---

(2) Serm. 23.

el agua que apagará la sed de lo temporal y os dará una dulce hambre de sed de lo eterno; con este bien os vendrán todos los bienes.

CAPITULO 7

LA GRACIA, Y NO LOS BIENES TERRENOS, DA LA BIENAVENTURANZA DE ESTA VIDA

§ 1

De lo dicho se verá cuánto yerran, aun para la vida temporal, los que no estiman ni buscan la gracia sobre todas las demás cosas y bienes de la tierra, pues la acompañan todos los bienes. Ahora añadiremos que trae consigo, no sólo bienes tan grandes, sino la misma bienaventuranza; porque no sólo tiene derecho la gracia para la bienaventuranza eterna, sino que trae consigo también la temporal. Ella es la que da en todo rigor la bienaventuranza de esta vida, y comparado con la gracia todo lo que los mundanos juzgan y muchos filósofos antiguos juzgaron por bienaventuranza, no es sino malaventura y desdicha y maldición, como ahora veremos.

1. Erraron muchos de los que se llamaban epicúreos en poner la bienaventuranza en *los deleites*; porque no es posible que esté bien tan grande con daño del ánimo, que es la principal parte del hombre. La bienaventuranza es un estado perfecto con la junta de todos los bienes: pues si faltan con los deleites los bienes del alma y hay su daños, ¿qué bienaventuranza pueden dar, sino mucha malaventura?

Los deleites ciegan al alma, abátenla a mil vilezas, hácenla esclava de la carne. Por lo cual dijo Séneca: «Los que se hunden en sus gustos, de los cuales habiendo hecho costumbre no pueden carecer, sirven a su deleite, no le gozan, y

aman sus males, lo cual es lo último de los males.» ¿Qué mayor ceguera y vileza y maldición que ésta, pues son grande ocasión de pecados los gustos? Porque como dice San Ambrosio (1), «los deleites del siglo son unos anzuelos. y lo que peor es, son anzuelos de males, anzuelos de tentaciones; mientras buscas tu gusto, caes en lazos». Por esto Diógenes, topando a un mancebo y preguntándole dónde iba, respondióle que a un convite; replicó el filósofo: Anda, que tú volverás peor que vas. La felicidad verdadera no puede ser ocasión de mal ni de pecado; porque como enseña Aristóteles, se hubiera de huir y no buscar, y así no fuera felicidad, que es la cosa que nunca se ha de huir y siempre se ha de desear; y pues los deleites son ocasión de pecado y de tan notable daño del alma, no puede estar en ellos la bienaventuranza, pues se han de aborrecer y echar de sí.

Ni sólo al alma, sino también al cuerpo son perjudiciales los gustos, afeminándole y llenándole de enfermedades. Por lo cual dice San Juan Crisóstomo (2): «Así como la tierra con la abundancia de muchas aguas pierde su calor natural, y virtud, y no queda a propósito para la labranza y fertilidad, así también el hombre delicioso cae en enfermedades graves e incurables, con temblor, con disolución y flaqueza de los miembros, con pesadumbre en los pies y tormento de las manos y otros muchos males. Los regalos no son mejores que una ponzoña mortal, y si va a decir la verdad, mucho peores son; porque el veneno quita luego a quien le bebe la vida, pero los regalos acarrean una vida más miserable que muchas muertes.»

2. *Las riquezas* de la misma manera están tan lejos de pertenecer a la vida bienaventurada como los deleites; antes en parte más. Porque la bien-

(1) Epist. 28.
(2) Orat. 6, *De Fato.*

aventuranza ha de ser el fin último y las riquezas van muy fuera de este camino; porque aun los mayores pecadores del mundo y más codiciosos no las aman por sí mismas, sino por los deleites y comodidad que por medio de ellas quieren alcanzar. Y si los gustos no causan la vida bienaventurada, mucho menos las riquezas, que se ordenan a ellos.

Allégase a esto que las riquezas están llenas de miserias, de temores, sobresaltos, peligros, daños; por lo cual Cristo nuestro Redentor las comparó a las espinas. La espina causa dolor cuando se enclava, y cuando permanece en la carne, y mucho mayor cuando se saca; así son las riquezas, que para adquirirse cuestan trabajo, para conservarse cuidados y temores, y cuando las quitan, dolor y pena grandísima.—Las espinas no se pueden tomar en la mano sin daño suyo; tampoco se pueden amar las riquezas sin daño del alma.—Las espinas tienen sus puntas y aguijones en la extremidad; así las riquezas, aunque en toda la vida no causasen pena, en la hora de la muerte la dan grande.—Las espinas, cuanto más se aprietan con la mano, tanto más sangre la sacarán; de la misma manera las riquezas, cuanto más estrechamente se aman más daño causan.

Y así, dijo San Agustín (3): «El oro tanto más atormenta cuanto más abundante fuere.» Y Séneca dice por lo mismo: «Estas cosas que así apetecemos como que hubiesen de dar contento y gusto, son causa de dolores.»

Son también tan insuficientes y pobres las riquezas, que no sólo no dan otros bienes, pero aun lo que es ser rico no dan; y así son vanísimas, porque no dan forma ni ser alguno. ¿Qué otra cosa se nos significa cuando dice la Escritura: *Los ricos tuvieron necesidad y hambrearon?* Porque como dice San Bernardo, «el avariento rico

(3) *De Verb. Domin.*, epist. 60.

tiene hambre de las cosas de la tierra, como un mendigo; mas el que es fiel a Jesucristo las desprecia como señor: aquél poseyéndolas mendiga; aquéste despreciándolas las guarda».

Al fin, tan lejos están de ser bienaventuranza, que antes son bienaventurados los que carecen de ellas, como declaró Cristo. Y muchos años antes dijo el Espíritu Santo: *Bienaventurado el hombre que no se va tras el oro y no puso su esperanza en los tesoros del dinero.* Y a los ricos amonesta Santiago (*Jac.*, 1): *Llorad y lamentaos en vuestras miserias.* De ellos dice también San Pablo (1 *Tim.*, 6, 10): *Metiéronse en muchos dolores.* Y lo que peor es, que se meten en muchas culpas.

Bien conoció esto Foción, al cual envió Alejandro Magno (4) gran cantidad de oro y plata; él, maravillado de que le hiciese aquel presente y no a otros, preguntó la causa a los mensajeros; los cuales le respondieron, que porque le anteponía Alejandro a los demás filósofos; entonces Foción les replicó: Andad, pues, y tornad todo su presente a vuestro rey, y decidle que me deje ser lo que me alaba que soy.

3. Aún mucho menos pueden ser bienaventuranza *las honras*; porque como dice Aristóteles, la honra no está en el que es honrado, sino en el que honra; y la bienaventuranza ha de ser bien propio, no ajeno; y así, la honra en quien la tiene no puede ser bienaventuranza propia, pues aún no es bien propio.

Añade el filósofo que la honra no puede ser bienaventuranza, porque no es por sí, sino por testimonio de la virtud.

Son, fuera de esto, las honras vanas y peligrosas, como lo considera San Anselmo, comparando a los que la pretenden con los niños, que se cansan buscando las mariposas. «Así se han—dice el

---

(4) Plutarch., *In Adoph.*

Santo (5)—los que apetecen las honras de este mundo, como los muchachos que siguen las mariposas, las cuales cuando vuelan no van por camino derecho, sino revoloteando aquí y allí, y cuando parece que se sientan en alguna parte no se detienen en ella; pues cuando los muchachos las quieren coger, procuran con gran diligencia correr tras ellas, y no mirando a los pies, sino a las mariposas, suelen caer en algún hoyo o pozo, y se hacen mucho mal. Muchas veces, cuando las ven que se fueron a alguna parte, van poco a poco y con tiento para cogerlas, y en llegando cerca dan palmadas con las manos y se dicen unos a otros: Ya, ya la tenemos; pero acercándose más y echando la mano para cogerla, se les vuela la mariposa. Y si acaso alguna vez las cogen, se regocijan mucho con nonada, como si hubieran alcanzado una gran cosa. De la misma manera hacen los que buscan las honras de este mundo; porque las honras mundanas no tienen camino cierto, sino por varios divertimientos vuelan de uno en otro; y cuando están en poder de uno, no paran allí mucho tiempo; pero los hombres necios, deseando alcanzarlas, se dan priesa a procurarlas por todas las vías que pueden, y como no consideran de qué modo las hayan de conseguir, sino sólo quieren alcanzarlas de cualquiera manera, caen en graves pecados con que dañan a sus almas notablemente. Algunas veces, cuando las ven con tal disposición que las pueden haber a las manos, las buscan a escondidas y disimuladamente, como si nadie lo supiera, y cuando ya les parece que están cerca se alegran grandemente; pero llegando más de cerca, cuando piensan que ya pueden alargar la mano para tomarlas, se les salen de entre los dedos, y por causas que se ofrecen se dan a otros. Pero si las alcanzan alguna vez se dan el para-

(5) *De Simil.*, cap. 72.

bién, como si hubieran alcanzado verdadera honra, como sea así que no podrán llegar a la cumbre de la verdadera honra si no dejaren las honras mundanas, con satisfacción y penitencia de los pecados que han cometido.» Todo esto es de San Anselmo.

Después de alcanzadas las honras del mundo son tan peligrosas como cuando se pretendían: pervierten el juicio, mudan las buenas costumbres, apartan de Dios, y ellas en sí no son más que vanidad. La pompa del mundo y el favor popular humo es, y es una marea que súbitamente se desvanece. Y así (6), un emperador romano, que echó de ver en un privado suyo ser ambicioso de honras y codicioso de dineros, que vendía sus favores a los que le acudían, mandóle morir ahogado de humo, diciendo: Justo es que mueras de humo, colgado de un pie al aire, porque en tu vida nunca apeteciste otra cosa, sino humo; y pues de él te apacentaste viviendo, no pierdas ahora este mismo gusto muriendo.

¿Qué te diré de los cuidados que traen las honras y dignidades, así de sus obligaciones como de sus peligros? Por lo cual dijo San Crisóstomo: A las honras acompaña inseparablemente el cuidado. Pero díganlo los que lo experimentaron, los que mayores honras tienen, que son los reyes. El rey Seleuco solía decir, que si los hombres supieran qué era reinar, aunque hallasen la corona en el suelo no la levantarían. También el rey don Alonso de Nápoles decía que tenía tantos desvelos la corona, que era mejor la vida de los asnos que la de los reyes. Con tanta exageración explicaba este sabio rey su sentimiento (7).

4. Allégase a todo esto la razón general, porque ni en los gustos, ni en las riquezas, ni en las honras, ni en todo junto puede estar la bienaventuranza; porque en ninguna de ellas, ni en

(6) Jul. Ant. Brancalas, *Labyrint*, n. 18, p. 6.
(7) Panormit., *In dictis Alfons. Reg.*

todas está la suficiencia de todos los bienes, ni la de un género de bienes. Las honras y deleites han menester las riquezas; las riquezas han menester los gustos para dar algún contento. Fuera de que ni las riquezas satisfacen por riquezas, ni los gustos valen por gustos, ni las honras se contentan consigo mismas, sin llenar el corazón humano. Y la bienaventuranza esto ha de tener, quitar todo otro deseo. Pues, ¿qué avariento se hartó de tener? ¿Qué hombre delicioso, de gustos? ¿Qué ambicioso, de honras? ¿Quién halló lo que pensó en estas cosas, sino satisfacción inferior mucho de su deseo y pensamiento?

Fuera de esto, a la bienaventuranza ha de acompañar rectitud de la voluntad, a la cual ayudan poco todas estas cosas, antes pueden dañar mucho.—Las riquezas suelen estragar tanto la voluntad y depravarla de manera, que dijo el Hijo de Dios que *era tan imposible entrar un rico en el cielo como un camello por el ojo de una aguja*.—El deleite emponzoña al corazón; por lo cual dice San Cipriano: «Cuando le bebieres, la perdición que tragaste te enfurecerá.»—Las honras corrompen las buenas costumbres, mudándolas en otras.

A propósito de esto es lo que cuenta Carlos de Abram, de un estudiante que llevaba muy mal el desagradecimiento que tenían muchos condiscípulos suyos que habían subido a grandes dignidades y obispados, para con su maestro, no acordándose más de él, teniendo necesidad y pudiendo ellos remediarla fácilmente con darle algún beneficio. No hablaba de cosa más que de esto, y abominaba de tan malos respetos. Sucedió después que este tal viniese a ser grande prelado; pero tan otro del que antes era, que de allí adelante jamás se acordó de su maestro, hasta que el mismo maestro, viendo lo que pasaba, una vez que había de entrar en la ciudad su discípulo, se puso al encuentro con muchas hachas que le

alumbraban. Preguntando por qué hacía aquello, respondió: Para que me conozcáis y veáis que vive vuestro maestro, porque con la nueva dignidad debéis de haber cegado para la razón. Tan extrañas mudanzas y transformaciones de costumbres hacen las honras, torciendo y depravando las voluntades.

Al fin, las virtudes que son verdaderos bienes, peligran en estas cosas, que es señal que son falsos bienes. Y así, San Bernardo dice: «Huíd de en medio de Babilonia, huíd y salvad vuestras ánimas. La castidad peligra en los regalos, la humildad en las riquezas, la piedad en los negocios, la verdad en las palabras demasiadas, la caridad en este mal mundo.»

Demás de esto, a la bienaventuranza pertenece la seguridad y duración, no dependiendo de cosa que la pueda quitar contra la voluntad de quien la posee. Muy lejos están de esta firmeza todos los bienes del mundo, pues a los gustos puede quitar la enfermedad; a las riquezas, el ladrón; a la honra, cualquiera. En tan grande inconstancia, no puede haber el bien de la seguridad, y por consiguiente, de la bienaventuranza.

Por esta misma causa no puede consistir la bienaventuranza en la salud y buena disposición del cuerpo, ni en criatura alguna de la naturaleza, ni bien de este mundo; porque todo él no satisface el apetito humano, y todo es inconstante, y mudable, y pervertido. No sé cómo hay hombre que le estime, con pérdida de lo eterno y menoscabo de la gracia. Maravillado de esto San Agustín, dice (8): «El mundo se pasa; y su concupiscencia también: ¿qué es lo que quieres? ¿Por ventura amar las cosas temporales y pasar tú con el mismo tiempo, o quieres amar a Cristo y vivir eternamente?

(8) In Epist. Joan.

§ 2

De todo lo dicho se concluye, que sólo en Dios está el objeto y blanco de la verdadera bienaventuranza; porque Él sólo puede llenar nuestros deseos, y nada menos que Dios. Y así, dice San Bernardo (9): «El ánimo avariento del hombre sólo se puede ocupar con las criaturas, hartarse no puede: y así, todo lo que es menos que Dios, no llenará al alma capaz de Dios.» Está nuestro corazón inquieto, según habla San Agustín, hasta que descanse en Dios; con Dios sólo se satisface, en Dios tiene todas las cosas. «Dios (dice este gran doctor) (10), es todo para ti: si tienes hambre, te es pan; si tienes sed, te es agua; si estás en tinieblas, te es luz; si estás desnudo, te es vestido de inmortalidad.» Y en otra parte concluye: «¿Qué cosa hay mejor que este bien? ¿Qué cosa más dichosa que esta dicha, vivir para Dios, vivir de Dios?» (11). En Dios está la bienaventuranza verdadera, así de esta vida como de la venidera, que sin gracia no se puede poseer. La gracia es el vínculo de la bienaventuranza, porque da derecho para poseer a Dios en la gloria, y en esta vida trae el mismo Dios al alma para que la posea y llene de todo bien.

De manera que, hablando en todo rigor de la bienaventuranza de esta vida, la gracia la trae consigo; porque fuera de traer todos los bienes de la manera que decimos en el capítulo pasado, trae al alma al que es todo bien, trae al mismo Dios; porque el Espíritu Santo habita en el justo y todas las tres Personas Divinas vienen a Él, y hacen en Él mansión y morada; lo cual es una inexplicable grandeza y felicidad, y el sumo es-

---

(9) Serm. *De Dedic.*
(10) 1 *Confes.*, cap. 1.
(11) Serm. 19 *sup. Joan. de spir. et lit.*

tado a que en esta vida se puede llegar; y así, es la última dicha que puede esperar quien vive en carne mortal; porque se llega a la posesión de Dios por la esencia de la gracia, y también a poseerle por afecto; de lo cual también es causa, la gracia, la cual trae consigo la caridad o es la misma caridad, para que amemos a Dios por Sí mismo y en Sí mismo.

Y ésta es la acción en que consiste la bienaventuranza práctica de esta vida; porque por medio del amor se posee a Dios como es en Sí, más que por medio de la contemplación. Y así en todo rigor, como dicen gravísimos teólogos, la bienaventuranza de esta vida consiste en la caridad. La causa es, porque la última felicidad de esta vida ha de ser la acción que más próxima e inmediatamente le llega a uno a la última felicidad absoluta de la vida futura. Pues esto hace la caridad; y así, la caridad que viene con la gracia, es la dicha y bienaventuranza de esta vida mortal. De suerte que aunque la bienaventuranza de la otra vida sea la visión clara de Dios, que está en el entendimiento, y es acción suya, ayudado de la lumbre de gloria; pero la bienaventuranza de esta vida, no es acción del entendimiento, sino de la voluntad. No es la contemplación especulativa y sublime, sino el amor tierno con Dios; porque no es la contemplación la acción que inmediatamente lleva a la bienaventuranza eterna, sino el amor de Dios; porque la contemplación puede estar sin gracia, y así, sin derecho a la gloria, y la caridad no está sin gracia ni sin derecho a la gloria.

Fuera de esto, ninguna contemplación de esta vida llega a conocer a Dios como es en Sí; pero el amor de esta vida llega a amar a Dios como es en Sí y por Sí mismo; y así, en esta vida es el más perfecto modo de poseer a Dios por amor, y cuanto a esto, del mismo modo le ama aquí que en el cielo le amará un alma santa. De manera

que cuando uno se parte de esta vida y entra en el cielo, es necesario que se varíe el conocimiento de Dios, y que de oscuro pase a evidente y claro; pero el amor no es necesario se mude, porque un mismo acto de amor puede ser el de esta vida y el de la otra; uno y otro ama a Dios por Sí mismo y en Sí mismo. Y así en la gracia y caridad, que viene con la gracia misma, consiste la bienaventuranza de esta vida, porque es la más inmediata posesión que en ella podemos tener de Dios.

Allégase a esto, que en sólo la gracia y caridad se hallarán las propiedades de la bienaventuranza, de seguridad, y rectitud de la voluntad, y suficiencia. En ellas sólo hay seguridad, en cuanto contra nuestra voluntad nadie nos la puede quitar; hay en ellas solamente la rectitud de la voluntad; hay en ellas la suficiencia que puede haber en esta vida, porque aunque falte todo, si no falta la gracia y caridad, no nos falta nada; y si ellas faltan, aunque tengamos todo, nos falta todo. En ellas poseemos a Dios, que es todo Bien y suma de todos los bienes; y así, con Él sólo nos podemos tener por bienaventurados.

Esta consideración ha de ayudarnos a desear más la gracia, pues con ella nos vienen dos bienaventuranzas; una de esta vida temporal, y otra de la eterna en el cielo, despreciando por ella todo lo que el mundo miserable tiene por bien, y no es si no un gran mal, que por no conocido es malísimo. Con lo cual, andando los hombres tras la bienaventuranza que no lo es, se hacen ellos malaventurados; y ocupados en adquirir o conservar sus bienes perecederos y falsos, perecen ellos verdaderamente.

Vergüenza es de muchos cristianos, que tomasen en esto mejor consejo los gentiles. Reprendiendo a Aristipo el descuido que tenía de su hacienda, le dijeron: Mira que por tu culpa se

pierde tu heredad. El respondió cuerdamente: Más vale que mi heredad se pierda por mí, que yo me pierda por mi heredad. Piérdanse todos los bienes de la tierra, porque no se pierda la bienaventuranza de tierra y cielo, y no se pierda el cristiano.

CAPITULO 8

CÓMO ESTAR SIN GRACIA ES LA SUMA MISERIA DEL HOMBRE

§ 1

El pecado abate al hombre debajo de toda naturaleza y le hace peor que la nada.

No sólo tenemos por la gracia las dos bienaventuranzas de esta vida y la otra, pero su privación es toda la desdicha y malaventura del mundo, así de la vida presente como de la venidera. Tal bien es, que no sólo está en ella todo bien, pero en su ausencia consiste todo mal. Forzosamente se debe buscar aquel bien, sin el cual forzosamente nos ha de ir mal, pues sin la gracia no puede ir bien a alguno, y no puede dejar de ir a todos mal. Fuerza es buscar la gracia, si queremos el bien, y fuerza es tenerla si aborrecemos el mal; porque como no se pierde sino por el pecado, así como estar en gracia es la suma dignidad y dicha, así carecer de ella es la suma ignominia y malaventura.

Recorramos las principales excelencias y grandezas de la gracia cotejándolas con las condiciones del pecado, y hallaremos que, cuanto en lo uno hubo de sumo y grande, hay en lo otro de abatido y vil; cuanto en la gracia hay de

bueno, tanto está en el pecado de malo. Con esto crecerá la estimación de la gracia, puesta a vista de la ignominia del pecado, porque el color blanco nunca sobresale más que cuando se compara con lo negro. Servirá esto juntamente para engendrar igual aborrecimiento del pecado mortal que deseo de la gracia de Dios, y uno y otro debe ser en sumo grado.

La gracia, como hemos dicho, es un ser sobrenatural y lleno, perfecto y divino, que levanta al hombre sobre toda la naturaleza. Todo lo contrario es el pecado, pues es una cosa tan vil, y horrenda y baja, que es contra la naturaleza, y abate al que le tiene debajo de toda la naturaleza, y le deshace y vuelve peor que la nada, y reduce a un no ser sobre todo no ser. Esta es la causa que David (*Ps.* 1) dijo del malo, que *era como el polvo que se lleva el viento; y que el hombre por el pecado quedó igualado a los jumentos y hecho su semejante*; porque por la culpa se hace peor y más vil que las mismas bestias, hundiendo su naturaleza racional y capaz de Dios en un abismo de miseria, de afrenta y maldad. Y así, no pocas veces se llaman en la Sagrada Escritura los pecadores, no con nombres humanos, sino con los nombres de las más horribles y fieras bestias que hay. Cristo, nuestro Redentor (*Mt.*, 10 y 7), les llamó *lobos, perros y lechones*; Isaías (43, 20), *dragones* y *avestruces*; Ecequiel (2, 6), *escorpiones*; el Bautista (*Mt.*, 3, 7), *víboras*; David (*Ps.* 31 y 63), caballos, mulos, toros furiosos, áspides y basiliscos; Salomón, raposas. En Job (4, 11) se dicen tigres. Por lo cual dijo aquel gran teólogo y filósofo Severino Beocio (1): «Todo lo que falta y se aparta de lo bueno cesa de ser; de tal manera, que los malos dejan de ser lo que eran. El haber sido hombres lo muestra la figura humana que retienen; por lo cual, convertidos en ma-

---

(1) *De Const.*, lib. 4, párr. 3.

licia, perdieron también la naturaleza de hombres; porque así como sólo la virtud y bondad promueve a que sean más que hombres, así es necesario que aquellos que la maldad abatió y derribó de su condición, les hunda debajo de la naturaleza y mérito de hombres. Así acontece, que al que ves transformado por sus vicios, que no puedas pensar que es hombre. Al ladrón violentador, que arde en deseos de bienes ajenos, dile lobo. Al feroz e inquieto, que ejercita en riñas y contiendas su lengua, compárale al perro. El traidor que se huelga con secretos engaños, se iguala a las vulpejas. El que brama precipitado de ira, cree que tiene el alma de león. El medroso y fugitivo, que teme lo que no ha de temer, es semejante a los ciervos. El perezoso y torpe vive la vida de asno. El liviano e inconstante, que muda sus propósitos, no se diferencia de las aves. El que arde en lujuria y abominables inmundicias, está preso con el deleite de un asqueroso lechón. Y así viene a ser que el que dejando la virtud dejare de ser hombre, como no puede subir a estado divino, se convierte en bestia.» Todo esto es de este gran Doctor. Isaías (1, 3), aún abate más a los pecadores, y califica por peores que los asnos.

Y no sólo se envilecen y oprimen los malos a ser como las bestias, sino como las naturalezas más viles e insensatas y vanas; y así, se llaman cañas, y pajuelas, y polvito, disminuyéndose de esta manera lo vilísimo que es un pecado (*Mt.*, 11; *Malach.*, 4; *Ps.* 1).

Al fin, para acabar de significar cuánto abate la culpa mortal, no sólo debajo de las naturalezas más abatidas del mundo, sino debajo de toda la naturaleza, se llama el pecado nada. Estas son las quejas que el Señor da por el profeta Amós (6, 14) de los que se deleitan en su pecado, diciendo: *Los que os alegráis en la nada.* Y por

Isaías (59, 4) dice: *Los que confían en la nada.* San Bernardo, hablando con el alma que peca, dice (2): «Tú misma te has reducido a ser nada, y eres reputada por la nada y vanidad.»

De suerte, que así como la gracia da un ser lleno, nobilísimo y sobre toda la naturaleza, así el pecado reduce al hombre a un ser inferior a la naturaleza, no sólo debajo de la racional, sino de la bruta y sensual y elemental. Llega a deshacerle y hundirle debajo de todo ser natural, hasta la misma nada. Porque si bien la substancia humana *realmente* se queda en el pecador, pero *en la estimación* queda uno por el pecado más vil y despreciado y horrendo que las víboras y escorpiones, y que la paja y polvo que se lleva el viento; queda no sólo como si fuera la más fiera y horrible cosa y bajo ser del mundo, pero debajo de todo ser, como la misma nada.

Pero poco es igualar al pecador con la nada, pues es sin duda peor; y así, dijo el Salvador del mundo, que *mejor le fuera* al que le entregó a la muerte *no haber nacido*, porque mejor fuera haber sido uno aniquilado que haber cometido un pecado.

Tan mal ser puede tener una cosa, que se juzgue por peor que el mismo no ser. Pues como no sea posible peor ser que el del pecado, peor es cometer un pecado que ser despedazado y hundido y aniquilado.

El pecado es opuesto y disconforme a la naturaleza y razón, lo cual es cosa tan horrible, que mejor fuera no ser que pecar.

Puédense distinguir en el pecado mortal dos malicias, según doctrina de Santo Tomás (3): la una en cuanto es cosa disonante y contraria a la naturaleza racional, a la cual deshonra y en-

(2) *Medit.*, cap. 3.
(3) 1, 2, q. 71, art. 6, ad ult.; Lessius, *De Perfect. Divin.*, lib. 12, cap. 26.

vilece; la otra es en cuanto ofende y desprecia a Dios, Autor de toda la naturaleza.

Por lo primero tira el pecado a desconcertar y deshacer la más noble naturaleza del mundo, que es la racional, y por consiguiente, todo el resto de la naturaleza que se crió para el hombre; y así, quitando de en medio su fin, a toda ella, cuanto es de su parte, quitara; y le hace tan notable injuria, que si las demás naturalezas fueran capaces de sentir esto, se levantaran contra el pecador, como contra traidor y fementido a toda la naturaleza, para despedazarle y hundirle.

Por lo segundo, aún es más contrario y opuesto el pecado a toda la naturaleza; porque, como nota San Bernardo, tira el pecado a destruir y aniquilar a Dios, cuanto es de su parte. Y así, Cristo nuestro Redentor, que quiso satisfacer por los pecados, quiso hacerlo muriendo; porque como el pecador, cuanto es de su parte, tira a quitar la Divinidad del mundo y a matar a Dios quitándole la vida y ser, convino que se satisficiese por él perdiendo la vida quien era Dios, siendo proporcionada la satisfacción a la ofensa. Pues como dependa de Dios esencialmente la naturaleza, por ser Autor de ella, y conservador y último fin, y destruído Dios, quedara ella destruída; todo lo que se opone al ser de Dios, se opone a la naturaleza por esos tres títulos de ser Dios Criador, conservador y fin de todas las cosas. Y así el pecado, que es contra Dios, y tira, cuanto es de suyo, a deshacer a Dios, hace lo mismo contra toda la naturaleza, que sin su último fin no fuera, y sin su Artífice no empezara, y sin su conservador no durara: y así es el pecador tres veces contrario, y como homicida de Dios y de toda la naturaleza. Fuera de que el pecado es tan grave ofensa del Sumo Bien, que merecía por

él un hombre que peca, que Dios aniquilase toda la naturaleza que hizo por su causa.

Pues si al paso de la oposición y contrariedad a la naturaleza es la vileza y maldad del pecado —por donde viene a ser peor que la nada—donde hay tan notable contrariedad y de tantas maneras, ¿cuál será su bajeza y torpeza?

Puédese echar de ver este exceso de vileza y daño del pecado sobre todas las cosas del mundo, en que el demonio, por el odio que nos tiene, nos daría todo el mundo—como se le ofreció a Cristo—por sólo que pecáramos una vez. Pues, ¿qué quiere decir, que no por todo el mundo, sino por las cosas más infames y pequeñas del mundo pequen los hombres? Confusión es que se estimen menos que el demonio los estima, y hagan juicio inferior de sí que el demonio hace. Locura es que por lo que es nada se hagan ellos mucho peores que la nada.

§ 2

El pecado pone al hombre en un orden con el demonio.

Demás de esto, así como la gracia no sólo ensalza al hombre sobre todo ser de la naturaleza, sublimándole sobre las criaturas todas, sino que también le da un ser divino y pone en un orden con Dios, a ese modo el pecado no sólo abate y precipita y envilece al pecador debajo de todas las criaturas y ser de la naturaleza, pero le pone en un orden con el demonio y da un ser diabólico. Por eso dijo Cristo a sus discípulos, entre los cuales estaba Judas (*Jn.*, 6): *Uno de vosotros es diablo,* porque por su pecado se hizo igual al demonio; conforme a lo cual dice San Crisóstomo que el pecado hace demonios, no en subs-

tancia, sino en la voluntad. El mismo Santo dice que el pecador es un demonio voluntario; y así como por la gracia entra el Espíritu bueno en el alma, así por el pecado entra el demonio en ella.

Por lo mismo escribe el Evangelista que Cristo echó de aquella mujer que perdonó, *siete demonios;* porque aunque no los tenía en el cuerpo, teníalos en el alma, donde por sus pecados habían tomado posesión. Y así como el que está en gracia es habitación de Dios, y hacen con él compañía las personas de la Santísima Trinidad que vienen a él y moran dentro de él, así también vienen a habitar en el pecador los demonios, y hacen con él compañía; como nos declaró el Salvador del mundo cuando dijo (*Mt.*, 12) que volvió el demonio al hombre pecador a entrarse en él como en su casa propia, con otros siete malos espíritus, y entrando habitaron allí.

Y así como habitando Dios en el alma por gracia, es movida a actos heroicos y divinos por los siete dones del Espíritu Santo, así, habitando el demonio por el pecado en un hombre, le suele mover con otros siete espíritus malos a hechos horrendos y diabólicos, que apenas parece los hace hombre, sino demonio. Esta es la causa que se vean en alguna gente cosas increíbles de malas y malditas, porque son instigados del espíritu malo que en ellos tiene posesión. Y peor pone el demonio al alma que posee, que al cuerpo que ocupa.

También, como los que están en gracia se hacen hijos de Dios, de la misma manera los que caen en pecado se hacen hijos del diablo. Por lo cual dijo el Salvador: *Vosotros sois de padre diablo.*

Cosas son todas éstas para hacer temblar y estremecerse de pensarlas. ¡Que pueda el cristiano sufrir un demonio en el alma! ¡Que pueda sufrir que se llame Lucifer su padre, que habite

en su corazón Satanás, que sea morada de demonios! ¿Qué atrevimiento es que pretendan grandezas los pecadores estando iguales con los demonios? ¿Qué digo iguales? Peores son.

El hombre que peca se puede tener por peor que el demonio, porque el demonio pecó contra su Criador, mas el hombre peca contra su Criador y Redentor. El demonio no pecó habiendo usado Dios de misericordia con él alguna vez; el hombre peca después de haber sido perdonado muchas veces. El demonio pecó una vez; el hombre millones de veces. El demonio pecó sin haber visto condenar a alguno; el hombre peca sabiendo que tantos se han condenado. El demonio pecó de pensamiento; el hombre de pensamiento, palabra y obra. Bien tiene el pecador por qué humillarse y tenerse por peor que su padre Satanás.

§ 3

Cuanto el alma desprecia a Dios por el pecado, tanto ella se hace despreciable.

Si no basta todo para conocer cuán vil ser, cuán abominable y cuán infinitamente despreciable sea el pecador, conózcalo por el desprecio que con el pecado se hace de Dios. Porque cuanto desprecia a Dios por una culpa, tanto se hace el culpado despreciable, execrable y maldito; cuanto quiere quitar a Dios, tanto se quita a sí y se reduce a un no ser sobre todo no ser, a ser diabólico y maldito y contentible sobre todo menosprecio y vileza; pues todo cuanto desprecia a Dios le cae sobre la cabeza.

Veamos, pues, cuánto desprecia el pecador a Dios, para que por ahí veamos cuánto es el mismo pecador despreciable con infinito desprecio.

¿Qué mayor injuria puede ser, que poniéndose delante al cristiano Dios con toda su infinidad, bondad, majestad, hermosura, amor, e infinitas perfecciones, y con las obligaciones que tenemos de servirle por sus innumerables beneficios de la Creación y Redención, y la sangre de Cristo derramada por nosotros, ofreciendo al hombre su amistad, y prometiéndole el reino de los cielos, si guardare su ley justísima y santísima; y por otra parte, ofreciéndosele el demonio con sus engaños y astucias, y prometiéndole cosas vilísimas y vanas en esta vida, y aparejándole para la otra eternos tormentos y escarnios, puesta el alma en medio, determina volver las espaldas a Dios, y no hacer caso de su majestad y beneficios, atropellando con todos, tirándole a matar y destruir al mismo Dios, cuanto es de parte del pecado, tornando a crucificar a su Unigénito, acoceándole, como dice el Apóstol, perdiendo el cielo con todos sus bienes, y se vuelve para el demonio y hace su gusto, habiendo de padecer por ello eternos tormentos? Pues despreciar de esta manera al último fin, y Bien inconmutable, por una criatura perecedera, y haciendo gusto a cosa tan maldita como el demonio, es un género de idolatría horrendo, dando a la criatura el amor y honra que se debe a Dios. ¿A quién no asombra este desprecio de tan gran Señor? A los mismos cielos manda Dios que se espanten de caso tan atroz, diciendo por Jeremías (2, 12): *Espantaos, cielos, de aquesto, y vuestras puertas se caigan de espanto.*

Porque verdaderamente, concurren en este caso circunstancias de un inmenso y estupendo menosprecio. Lo primero, por ser el hombre, en comparación de Dios, una miserable criatura, lleno de miserias y desdichas, flaco y mortal, y falto de todo. Lo segundo, por ser Dios la suma majestad, y autoridad y omnipotencia. Por lo cual, así por

la vileza del hombre, como por la grandeza de Dios, viene a ser este desprecio infinito. Porque la injuria que hace uno a otro, crece al paso que es más el injuriado, y que es menos el injuriador. Un bofetón tanto es mayor delito cuanto es más señor quien le recibe y hombre más ordinario quien le da; y así, mayor injuria será, si se diere a un caballero que a un labrador, y mayor a un grande que a un caballero, y mayor a un rey que a un grande. Al contrario, cuando el injuriador es plebeyo, más injuria hace que un caballero; y un caballero, que un grande; y un grande, que un rey. Pues como se junte en el pecado, ser el que injuria cosa tan vil como el hombre, y el injuriado lo sumo e infinito que hay de majestad, grandeza, bondad y perfección, viene a ser esta injuria enorme, y un infinito desprecio. Por lo cual dijo Santo Tomás, que había por este lado en el pecado mortal *malicia infinita.*

Allégase a esto, que este infinito desprecio de la Majestad infinita no es como quiera, sino en contraposición del demonio, posponiendo el hombre a su Criador, y anteponiéndole la cosa más vil y abatida del mundo, y su mismo contrario. Y en los desprecios, más se suele sentir ser uno menospreciado en comparación de otro menor, que el agravio y desprecio absolutamente; y en despreciar a Dios dando gusto al demonio, no sólo hay no hacer caso de Dios, pero es dar a entender que más vale Satanás, aunque dé eternos tormentos, que Dios, aunque dé premios eternos.

¡Oh hombre que has pecado una vez! Asómbrate de tu maldad. En contraposición del demonio dejas a Dios, y por un gusto momentáneo y vilísimo. «Muchísimo abate a Dios, dice un doctor (4), quien al interés o al deleite, o a un tris-

(4) Hierem. Drexel., *De rogo damnator.*, c. 14.

te dinero, o a una mujercilla se atreve de anteponer a Dios. Si prefiriéramos a Dios otro Dios igualmente hermoso, rico, liberal, y santo, fuera nuestra locura menos; pero impíamente anteponemos al Criador cosas asquerosas y vilísimas, y tan pequeñas como las gotas del mar, cosas criadas y perecederas. Esta es una locura clara, ésta es una impiedad manifiesta, ésta es la causa de todos los males, y el seminario de todas las desdichas.»

Añádese a todo lo dicho, que este desprecio de Dios contiene en sí muchos desprecios, tantos cuantos son los títulos por los cuales debe ser honrado y servido tan gran Señor (5).

Lo primero se desprecia a Dios *como último fin y objeto de nuestra bienaventuranza*, no estimando el hombre perder este bien eterno por el temporal, y con riesgo de males eternos.

Lo segundo, se desprecia a Dios *como Criador nuestro*, con todos los beneficios de la creación, no dándosele nada al pecador de frustrar a Dios el fin de toda la naturaleza, que fué para que el hombre le sirviese, y convirtiendo las criaturas contra el Criador, abusando de sus divinos beneficios. ¿Pudiera ser mayor traición que si un padre diese a su hijo una espada para defenderse de sus enemigos, mas el hijo, en lugar de agradecerlo, matase con ella a su padre? Esta traición hace el pecador contra Dios, que usando mal de las criaturas que crió para su bien, injuria con ellas mismas a Dios, y le quiere destruir y acabar.

Lo tercero, se desprecia a Dios *como supremo legislador* y Señor del mundo, atropellando sus leyes por cosas muy ligeras, y esto en su presencia, y a vista de sus ojos, sin respetar a su infinita autoridad.

Lo cuarto, se le desprecia *como Redentor*, con todos los bienes de la sangre y Pasión de Jesús, no

---

(5) Less., *De perfect. Divin.*, lib. 13, cap. 28.

dándosele a uno nada de que haya muerto por él un Hijo de Dios, malbaratando toda su Pasión y dolores, y cuanto hizo para que no pecáramos.

Lo quinto, se desprecia a Dios *como juez*, con toda su justicia y penas con que amenaza al pecador, haciendo uno que peca poco caso de todo, por satisfacer a su gusto.

Lo sexto, se desprecia a Dios *como amigo*, no cuidando de darle gusto ni de estar en su gracia; de modo que el pecador ni teme a Dios, ni le ama; que es la mayor locura del mundo, no temer a un Señor Omnipotente, ni amar a un Bien Sumo.

Lo séptimo, se desprecia a Dios *como bueno*, santo y benigno, abusando de su misericordia y paciencia.

Y finalmente, se desprecian cuantos atributos y perfecciones tiene el Ser Divino; pero todo este desprecio cae sobre el pecador; y como él injuria a Dios de tantas maneras, e infinitamente le desprecia, así le hace a él su pecado infinitamente despreciable e infame y vil y miserable.

§ 4

El alma en pecado es infinitamente aborrecible a Dios.

A esto se sigue, que así como la gracia hace al hombre agradable a su Criador, así el pecado le hace aborrecible. ¡Oh Santo Dios! ¡Y quién pudiera declarar este odio, que tiene la Suma Bondad a cosa tan mala! ¡Quién pudiera explicar cuán grande mal es ser aborrecido de tan buen Señor y Padre!

Es tal el odio que Dios tiene al pecado, que después de haber depositado tan soberanos dones, y privilegiado con tan notables prerrogativas

a su Santísima Madre, si al cabo de la vida hallara en ella un solo pecado mortal, bastara eso sólo para condenarla a eternos tormentos.

Y no es mucho que se hiciera esto en una persona criada, pues en la persona del Hijo querido de Dios se castigó un pecado ajeno, que fué el de Adán, con tan atroces tormentos y penosísima muerte. De suerte que el infinito amor que tuvo Dios a su Hijo no fué parte para disminuir el odio que tiene al pecado; y así, por serle aborrecible la culpa hizo tan severa justicia en cosa que le agradaba tanto. No sé con qué cosa se puede más declarar este odio entrañable de Dios a la culpa, pues se le sufrieron sus tiernas entrañas ver padecer y expirar en una cruz afrentosa a su bendito Hijo por pecado ajeno. Y si a su propio Hijo trató así por el pecado de Adán, ¿cómo castigaría a Adán si no se hubiera arrepentido?

Por cierto que es también para hacer erizar el cabello el fuego del infierno, y los tormentos eternos que le estaban aparejados, y ahora los padecen los ángeles que pecaron, y padecerán los condenados. ¿Cómo no reparan en esto los hombres? Que es tan horrenda malicia el pecado que se comete en un instante con un mal pensamiento, que no le agotará toda la eternidad de tormentos por siglos de los siglos. ¡Oh pecador! ¡Mira a lo que obliga un pecado a Dios; al más notable y lastimoso acto de justicia y rigor que es posible, pues obliga a que un amoroso Padre haga tan horrenda justicia en sus propios hijos!

¿Quién no se estremecerá de que se halle Dios obligado a condenar a tantas criaturas hijas suyas? Condenó a su Hijo natural, por pecados ajenos, a muerte penosísima y afrentosa, y ha condenado y condena a innumerables que fueron sus hijos adoptivos y queridos. ¡Qué concepto se puede hacer del odio que tiene la suma benignidad a una culpa, pues la castiga con tal rigor, y por

una eternidad, y a criaturas tan excelentes como son los ángeles, querubines y serafines!

Infinito es este odio de Dios, pues eternamente ha de castigar al pecado que se comete en un instante; esto no es por falta de bondad y mansedumbre en Dios, sino por ser tan grande su bondad, que debe aborrecer con este extremo a la maldad; y ser la maldad de un pecado mortal tan enorme, que aunque se cometa en un momento, merece ser castigada por eternidades de tormentos.

¡Y a quién no pasma ver que por el aborrecimiento que tiene Dios a la culpa, por una que hizo Adán permita que perezcan tantos hombres, que nazcan todos con pecado original, que hayan todos de morir, que padezcan tantas calamidades y miserias, que haya tantos pecados, que sean tantos los que se condenan, aun después de haber satisfecho por el mundo Cristo Jesús tan abundante y tan penosamente, y que se apliquen a tan pocos con eficacia sus infinitos merecimientos! (6). Horrible mal es el pecado, pues así le abomina el Sumo Bien, y le castiga tan severamente. Mire el pecador a qué punto le trae su pecado, a que sea con tal extremo aborrecido de su Criador. Mire en qué viene a parar el que por la gracia fué amigo de Dios y ensalzado sobre todo el universo de la naturaleza.

Porque así como la gracia, por hacer al hombre agradable a Dios lo hace amigo suyo, así el pecado, por hacer al pecador aborrecido de Dios, le hace su enemigo capital. ¡Terrible caso, ser enemigo declarado del Señor omnipotente del mundo! ¿Cómo no se muere el pecador de temor y pena? ¿Cómo no se estremece de esto? Enemistad de Dios y del hombre ha de llover sobre el hombre. No es posible ni imaginable mayor discordia, ni más perjudicial.

(6) V. Salian., *De timore Dei,* lib. 5, cap. 2.

Porque aquellas enemistades son más terribles, que son entre los que debían estar más unidos y habían de guardar vínculo más estrecho. Las guerras civiles son más penosas y perjudiciales. La discordia entre los hermanos es más terrible. El odio entre el marido y la mujer es más peligroso. La enemistad entre el padre y el hijo es más escandalosa; porque cuanto deben ser más unos, la enemistad que entre ellos hubiere es más discorde y terrible y dañosa. Pues si no hay cosa que deba ser más para en uno que el alma para con Dios, no puede dejar de ser la más dañosa y peligrosa y congojosa del mundo, la enemistad de Dios para con el alma.

También, cuanto uno tiene más dependencia y necesidad de otro, tanto más dañosa es la enemistad. ¿Cómo no teme esta enemistad de Dios el pecador, pues depende de él esencialmente, y no puede sin su ayuda hacer cosa alguna? La discordia que hay entre los humores del cuerpo y sus miembros, es mortal al cuerpo; y estar uno desunido de otro, causa dolor insufrible. Si un hueso está quebrado o desencajado de su lugar no se puede sufrir, ¿qué será el alma desunida de su Criador, y apartada de su último fin y discorde de su Dios? Porque así como no hay cosa que se haya criado para estar más concorde y una con otra, que el alma fué hecha para Dios y unirse con Él, así también no hay discordia ni apartamiento más horrible y dañoso que cuando el hombre está apartado de su Dios y es su enemigo, y más siendo aborrecido de Él con tan capital odio como hemos dicho.

§ 5

Fealdad del alma en pecado.

Fuera de esto, así como la gracia da una divina hermosura al alma, que admira a los ángeles, así el pecado causa en ella una fealdad horrenda a los mismos demonios; y dejado aparte la hermosura sobrenatural de la gracia que pierde uno por el pecado, no sólo oscurece la hermosura natural del alma, sino que la transforma en abominable y fiera.

Para lo cual se ha de suponer que la hermosura natural del alma es la mayor que hay en este mundo, antes es mayor que la de todo el mundo; y si este mundo es hermosísimo sobremanera, ¿cuál será un alma sola? Aun mirando lo natural que tiene, es más bella y hermosa que todo el universo. Por lo cual dijo San Bernardo (7): «Todo este mundo no se puede estimar en comparación del precio de un alma.» Pues la fealdad del pecado es cosa tan extraña, que a criatura tan hermosa la vuelve abominable, como lo dice el profeta Ezequiel (16, 25): *Hiciste abominable tu hermosura.* Hermosísimo fué el primer ángel; pero con un borrón que cayó en él de pecado, se tornó un prodigio tan horrendo de fealdad, que nadie que le viera como es, pudiera dejar de morir de horror y espanto.

La causa es porque la hermosura consiste en la proporción de partes y la consonancia de las cosas; y como no haya cosa más disonante en el mundo que el pecado a la razón, ni más desproporcionada que una criatura racional apartarse de su último fin, que es Dios, la fealdad que de aquí resulta es la mayor deformidad que hay ni puede haber, aunque se juntasen en una todas

(7) *Medit.*, cap. 3.

las fealdades corporales y espirituales posibles e imaginables. De suerte, que aunque por el pecado no se ofendiera Dios, ni le aborreciera tanto como le aborrece y debe ser aborrecido por ser injuria del Sumo Bien, fuera cosa horrible y desagradable sobre todas las cosas en su divino acatamiento, y los ángeles se taparan los ojos por no ver cosa tan abominable y fiera.

Fuera de que el pecado descompone las potencias del alma, que es otra notable fealdad, porque la desconcierta y confunde torpísimamente, predominando el cuerpo al alma, señoreándose los sentidos sobre la razón, pervirtiendo la voluntad al entendimiento, haciendo una confusión y caos horrendo.

Pero allegándose a esto que el pecado quita la hermosura sobrenatural, que añade a la fealdad y disonancia y desproporción que el pecado tiene con la razón la que tiene con Dios, no puede alcanzar el entendimiento la fealdad y monstruosidad que es una culpa en el alma. No hay duda sino que si se viera el pecador, se quedara muerto de espanto y asombro. Porque si una reina, habiendo sido muy hermosa, mirándose en la vejez a un espejo le dió tanto espanto verse desfigurada, que murió de pena, ¿qué asombro causaría a un alma que antes estuvo con la hermosura de gracia, verse ya sin ella y con la fealdad de la culpa?

Auméntase esta deformidad del pecador con que no sólo se turba y desconcierta todo lo hermoso de su alma, sino que se le añaden los hábitos viciosos e inclinaciones de las bestias, que es otra monstruosidad nueva. Horrible fealdad será la del ánimo que, después de desconcertado en sus afectos y potencias, tenga las inclinaciones de las bestias, la soberbia del león, la lujuria del caballo, la atrocidad del águila, la venganza del elefante, el descuido del buey para lo que le

está bien. Porque incomparablemente es cosa más disforme tener en el alma los vicios de los animales que en el cuerpo su figura. Y como dijo uno, más quisiera tener alma racional en cuerpo de bestia, que no alma de bestia en cuerpo de hombre.

§ 6

El pecado es dos veces muerte del alma; prívala de su vida natural y sobrenatural.

1. De aquí nace que así como la gracia es vida del alma, y vida sobrenatural y divina, así el pecado es muerte suya, y muerte eterna, no sólo porque priva de la vida de la gracia sobrenatural, sino porque la priva de la vida de la razón natural; porque con el desconcierto de las potencias y desordenamiento de los afectos, y con la inclinación de los vicios se oscurece la luz de la razón y enflaquecen las fuerzas de la voluntad, con la cual obra el hombre no como hombre ajustado a la razón, sino como bestia obedeciendo al apetito. Con lo cual, la más noble cosa del hombre, que es la razón, está muerta y baldía, como dijo David de los pecadores, que *en vano recibieron sus almas* racionales; porque no les sirven más que a las bestias de dar vida y aumento al cuerpo para que engorde, no de obrar virtud, porque está en ellos muerta el alma en cuanto racional.

El cuerpo humano, para que pueda vivir, quiere su determinada disposición y proporción de sus miembros; y tal mudanza y confusión podía haber en ellos que no fuese posible conservar la vida. Pues como por el pecado se desconciertan y confunden, como hemos dicho, los miembros del alma, que son sus potencias y afec-

tos, y le nazcan con los vicios nuevos miembros, digámoslo así, de las bestias y fieras, no se puede conservar con tan notable confusión y monstruosidad la vida de la razón; y así, el alma del pecador está muerta sobrenatural y naturalmente, cuanto a la vida más principal que tiene.

2. Demás de esto, ¿qué más muerte la del pecado que dejar de ser? Muerto está el pecador, pues según dijo Boecio, deja de ser, y conforme dijo San Agustín y San Bernardo, se vuelve a ser nada y a peor que la nada. De suerte, que así como la gracia no sólo da vida, sino la mayor que puede ser, causando una vida sobrenatural y divina; así el pecado, no sólo mata, sino aniquila; no sólo causa la muerte, sino la mayor muerte que puede ser, quitando al pecador el ser que tiene y sepultándole en un abismo más profundo que el mismo no ser.

De esta manera hemos de mirar el pecado cuando se nos ofrezca alguna tentación, como una muerte mortalísima y horrenda del alma. Con la cual consideración nos parecerá vida que muera el cuerpo porque no muera el alma. Así lo hizo la santa Susana, que constreñida para vender su castidad, dijo a aquellos malditos viejos con grande ánimo: *Si hiciere esto, me vendrá la muerte; y si no lo hiciere, no huiré vuestras manos.* Antes parece que había de decir lo contrario; porque si no consentía con los adúlteros, había de morir; y si consintiera, no. La causa de haber hablado de aquella manera fué, porque conociendo esta castísima matrona que el pecado era muerte más mortal y verdadera del alma que lo puede ser el apartamiento del alma del cuerpo, juzgó por vida no pecar, aunque muriera por ello.

Mucha diferencia hay de la muerte espiritual a la corporal: ésta pasa luego, con un golpe de espada se concluye; aquélla no tiene fin, siempre

persevera; y así la muerte del cuerpo, en comparación de la del alma, más se ha de decir vida que muerte: «Ea, pues, no seamos niños, dice San Crisóstomo (8), porque temiendo la muerte del cuerpo tendremos un miedo de niños. Los muchachos temen las carátulas, y no temen el fuego, porque llegan a él con la mano; de la misma manera nosotros, tememos esta muerte corporal, que no es sino una carátula de muerte digna de ser despreciada, mas no tememos al pecado, que verdaderamente es para temer.» Porque no mata de una vez, sino siempre está matando, y después de la muerte del cuerpo sabe dar otra muerte eterna. ¿Qué tirano hay que en muriendo su enemigo no se sosiegue? La tiranía del pecado es sobre todos los tiranos, que después de muerto uno, más se enfurece, y no se harta de hacer morir a los muertos.

De lo mismo se sigue, que así como la gracia da grandes fuerzas espirituales, llenando el alma de muchas habilidades y facultades de virtudes sobrenaturales y dones del Espíritu Santo, así el pecado la debilita y enflaquece, y quita el vigor y fuerzas que tiene; porque siendo muerte del alma, la priva con eso de las fuerzas que por estar viva tenía; quítala las facultades de las virtudes morales infusas, y aun las fuerzas naturales la quita por el desconcierto de sus potencias y afectos, y hácela indigna de los auxilios divinos; de manera que para hacer una obra buena, antes se debe decir muerta que flaca; y para obra de virtud sobrenatural, está cuanto es de suyo, no sólo muerta, sino imposibilitada por entonces; y por otra parte, los malos hábitos de sus vicios y el apetito desenfrenado la llevan a que no obre sino maldad y pecado.

De donde nace una prodigiosa flaqueza y espantosa inconstancia de algunos pecadores, con

---

(8) Homil. 5 ad Popul.

tan poco aliento para lo bueno y tantas fuerzas e inclinaciones para lo malo, que más parecen demonios que hombres. ¿A quién no asombra que apenas haya acabado uno de proponer, cuando luego se hace las cejas en el peligro que propuso evitar arrastrado de su pasión? Unas veces, ciego de su afecto, que ni hay para él memoria de Dios, ni temor de infierno, ni amor de Jesucristo, ni estima de su salud eterna, sino que como un bruto se precipita a vicios y revuelve en su cieno sin remordimiento de la conciencia, que es extremo mal, sin avergonzarse de pecar, antes corriéndose de no ser peor que otros y jactándose de su perdición. Otras veces, teniendo despierto el conocimiento, tienen algunos tan flaca la voluntad, que considerando que se van al infierno, que son desagradecidos a Dios, que en aquello se pierden, con todo eso pecan casi queriendo no pecar, porque con eficacia quieren lo que no quisieran querer.

Al fin, como por la gracia tienen los justos virtudes sobrenaturales para obrar bien, los malos por el pecado tienen vicios diabólicos para obrar mal: aquéllos tienen fuerzas para el bien; éstos para el mal, y flaqueza para el bien.

§ 7

Otras miserias del pecado.

Allégase a lo dicho, que así como la gracia da derecho al reino de los cielos, así el pecado le pierde. Espanto es, cómo después de pecar se quedan algunos hombres tan contentos como antes, habiendo perdido cosa tan grande. Espanto es que si pierden una aguja y un papel de poca importancia no paran hasta hallarle, ¡y que perdiendo un reino, y ese de los cielos, se estén riendo!

Añade más el pecado; porque fuera de privar del reino de Cristo, obliga a la esclavitud del demonio, en la otra vida, para eternos tormentos, y en ésta, con innumerables peligros y daños; porque aquella prontitud e increíble facilidad para pecar que acabamos de decir, efecto es de esta tiranía de Satanás y cautiverio infernal, que por fuerza y violentamente hace que le sirvan; porque así como un esclavo hace muchas veces lo que por ningún caso quisiera hacer, así el pecado, por los vicios que causa y el señorío que da a Lucifer, hace que obre uno lo que no quisiera; porque queriendo no quiere, y no queriendo quiere, queriendo eficazmente pecar, lo cual no quisiera ni hacer ni querer.

Esta esclavitud es tan vil, tan ignominiosa, tan tirana, tan indigna del ánimo del hombre, y más siendo una vez rescatado de ella con precio infinito de la sangre del Hijo de Dios, que aunque no tuviera otro mal el pecado, mil pedazos nos habían de hacer antes que cometerle, aun para la comodidad corporal; porque no ha habido en el mundo tirano que haya hecho tales crueldades, como el demonio, aun en razón de la vida temporal, ha hecho de los que son sus esclavos, de que están llenas las historias; y en la Sagrada Escritura se hallan raros ejemplos de sacrificios de hombres que les hacía hacer, y derramamiento de sangre humana, obligando a los padres le sacrificasen sus propios hijos, abrasándolos vivos y de otros modos inhumanos, haciendo a otros que se despeñasen y despedazasen a sí mismos, y lo mismo quisiera hacer de todos los hombres. Pero aquesta es la menor tiranía del demonio, y una sombra respecto de las demás, porque incomparablemente mayor es la de los daños espirituales que causa en los pecadores.

Teman, pues, este tirano, teman los pecadores

y teman sus penas, y sobre todas teman su condenación eterna, teman verse tan cerca del infierno. «El pecador, dice Roberto Sorbonense (9), está en la misma puerta de la muerte; y así, dijo David: *Acercáronse hasta las puertas de la muerte;* y no dista del infierno más espacio que dos dedos. En un momento bajaría a los infiernos; no puede escaparse por sí de esto, porque como ladrón, ya tiene la soga y el lazo a la garganta, la cual tiene el demonio en sus manos. Con esta soga aprieta al pecador, esto es, con su pecado.» Considérese uno que ha pecado debajo de un gran tirano, que gusta de ser verdugo de sus cautivos, condenado a muerte eterna y ya subido la escalera para ser ahorcado, con el lazo al cuello, esperando que el verdugo le dé un vuelco y eche de la escalera: ¿cómo puede reír, y no pensar o desear el perdón?

Fuera de esto, así como la gracia hace que todas las obras buenas del justo sean merecedoras de eterna gloria, así el pecado es causa que todas las obras que nacen de él, como de tan mala raíz, sean merecedoras de eternos tormentos. Y si hace algunas obras buenas el pecador, es causa su mal estado que no tenga merecimiento de gloria por ninguna de ellas, antes es tan extraña la ponzoña que vierte por todas partes, y tal la fuerza de su veneno, que aun las obras buenas que antes merecieron gracia y gloria, las pierde y mortifica todas, de manera que ya no merezca por ellas nada. Esta es una pérdida inmensa, a lo cual se llega, que no sólo pierda las obras buenas pasadas, y que con las presentes no merezca el cielo, y que con las malas que son pecados graves, merezca eternidad de tormentos; pero hace el pecado mortal que por los pecados veniales, aunque de su naturaleza no merecen sino pena temporal, haya de padecer tormentos

(9) In *Itinere Paradysi.*

eternos (10), por estar juntos con el mortal, si uno se condena, que es un daño incomparable. Tan mala condición y perjudicial a todo es la del pecado.

§ 8

El pecado hace al alma malaventurada.

Finalmente, por la gracia se viene a conseguir la bienaventuranza de esta vida y la otra; mas por el pecado se adquiere la malaventura y miseria temporal y eterna.

Y cuanto a la desdicha temporal, ¿qué mayor desventura que la del pecador? Pues dejando aparte las desgracias y calamidades que suele padecer, aun entre las mayores dichas y prosperidades del mundo, no le deja estar contento el gusano de la mala conciencia, que le carcome; y el veneno de la envidia, que le atosiga; y el fuego de la ira, que le abrasa; y el riesgo de su fortuna, que le alancea con notables sobresaltos; y la multitud de vicios, que le descuartizan y atormentan cada momento. No le faltaba nada a Amán, ni de riquezas ni de gustos ni de honras, y se estaba muriendo de pena y saña; porque la misma dicha es causa al pecador que viva desdichado. Fuera de que su misma dicha por sí no es felicidad, sino miseria y castigo; porque el mismo no castigarle Dios, sino dejarle con sus pecados en la posesión de sus bienes temporales, es gran castigo y rigor. Si puede haber felicidad en los malos, aquellos serán más dichosos, que son castigados por sus culpas, como enseña Severino Boecio, y esto, no sólo porque con el cas-

(10) Así opinan graves autores, v. gr., Santo Tomás, Suárez, etc., etc.; pero otros, con Escoto, creen que sólo pagan penas temporales. (Véase Beraza, *De Deo elevante*, n. 1136.)